

# BALANCE MUNICIPAL

**A**lgo pretencioso es el titulejo, pero en gracia a la intención que me guía, pido a los celosos ediles que nos rigen en la actualidad mil perdones por meterme en su terreno. Lo haré con el comedimiento y mesura a que por su recta administración son acreedores.

No vean en este artículo más que dos modestas pretensiones: aportar mi granito de arena en la colaboración a esta revista y cumplir de paso un imperativo de conciencia haciendo justicia, en la medida de mis fuerzas, a sus buenos deseos en pró de la villa.

Esto no ha de ser óbice, ciertamente, para que señale algún lunar que, seguramente en corto plazo, estamos obligados a que desaparezca para que Rentería esté a la altura que debe.

Uno de los éxitos en la gestión del actual Municipio es, sin disputa, el que se haya conseguido la reforma de ese puente de Santa Clara.

Ese paso fatídico, llamado ya por muchos convecinos nuestros el «Puente de la muerte», por las numerosas criaturas que en él han sucumbido, está ya reformado.

Ya era hora. Largos años de campañas de prensa, de intensas gestiones por parte de anteriores Ayuntamientos, ha dado por fin su fruto y ya esa pesadilla ha desaparecido.

La joba central del puente se ha reducido a casi imperceptible desnivel, y dos amplios andenes volados, a cada lado del puente, amplían éste y hacen más holgado el paso a los raudos vehículos que por él transitan.

Estamos de enhorabuena, y no la regateamos a cuantos pusieron su actividad e influencia al servicio de esta reforma.

Otra de las mejoras es la del servicio de incendios.

La importancia creciente de nuestra villa, las numerosas fábricas cuyas existencias en géneros sumarían una cantidad seguramente importantísima, demandaban urgentemente un servicio de incendios adecuado para luchar con éxito en un caso de apuro.

Recientemente hemos presenciado un ensayo de una bomba elevadora de agua, de marca alemana, que con completo éxito elevó a la torre de la iglesia un considerable caudal de agua a potente presión.

Suponemos que en breve esa bomba irá a alojarse en el parque que recientemente se ha elevado en el callejón existente frente a la fábrica de lienzos de los Sres. Echeverría y Compañía.

Otro de los aciertos de nuestro Municipio, consiste en el blanqueo ordenado a los dueños de fincas. Pero nos parece que el Ayuntamiento debía empezar por blanquear y adecentar algo las Escuelas Viteri, y asimismo el edificio de la Alhóndiga. Hay que dar ejemplo para que los demás lo imiten.

Si a esto se añadiera una orden referente a la limpieza de las chimeneas, a los propietarios de casas, pues hay muchas en

Rentería más negras y sucias que la conciencia de un usurero, se alejarían las probabilidades de incendio y evitaríamos trabajo a los bomberos.

Otro lunarillo en la villa, parécenme los nombres de algunas de sus calles.

Eso de calle Sanchoenea, Capitanenea, aún puede tener su razón de ser.

Pero los nombres de calle de Abajo, calle de Arriba, calle del Medio, son algo que desdice del ornato de una población. Verdaderamente que esos nombres caerían bien cuando Rentería era aún esbozo de villa.

Y que esto es así, lo demuestra que ya contamos con calles bautizadas con nombres de hijos ilustres, como Gamón, Zamalvide y Uranzu.

Afortunadamente, Rentería cuenta con nombres suficientes y sobrados para nominar las nuevas vías y aun las antiguas que lo necesiten.

Y voy a terminar mi deslazado artículo recordando al Concejo una reforma urgente, una verdadera necesidad de Rentería.

Me refiero a ese Matadero situado al borde de la carretera, recibiendo sobre las carnes muertas el polvo y las moscas inherentes a su vecindad a una vía soleada y polvorienta.

Ya sé que hay el proyecto de hacer un nuevo edificio de esta índole en los terrenos que se han de ganar al río en las cercanías del garage del Sr. Alonso.

Pero no basta el proyecto; hay que efectuarlo a la brevedad posible. Claro es que también es urgente el problema de las aguas, a cuyo efecto se va a realizar o está próximo a ello, un importante empréstito.

Pero eso del Matadero es urgente e inaplazable.

No se diga por ahí que nos ocupamos demasiado de los muertos o antepasados, por ilustres que sean, y descuidamos a los vivos en la higiene de los alimentos que han de sostener su vida.

Y si no se mira por los vivos, o al menos se les descuida, mal hemos de poder honrar a los que ya pasaron por el mundo.

Pero esto son lucubraciones de mi fantasía, un poco desbordada.

Yo, aunque muchos crean otra cosa, soy todo lo contrario de mi homónimo, el venerable teólogo Santo Tomás,

Aquel santo varón no creía sin ver. Yo sí; creo y declaro que en Rentería hay hombres de férrea voluntad (y esto no va por mí, aunque pudiera parecerlo), hombres, digo, capaces de realizar cuanto esté en su mano en beneficio de la villa en que viven.

¡Qué feliz sería yo si todos creyeran en mí como yo creo en los demás!—FEDERICO SANTO TOMÁS.

## UN RENTERIANO EN NEW-YORK



**T**odos los años, persona muy querida para mí me envía solícitamente el número de esta revista. Al hojearla, con esa febril emoción de la que sólo saben los que se hallan en tierras lejanas a la que meció su cuna, veo conmovido y satisfecho los progresos incesantes de mi querida Rentería, y envuelto en el caos babilónico de esta colosal urbe cosmopolita, mi corazón añora los amigos y diversiones de mi infancia.

¡Aquellas excursiones natatorias al río de la Fandería, la caza de grillos y pájaros, las frecuentes y desinteresadas visitas a variados manzanales, etcétera...!

A todos mis «lagunzarras», Illaramendi, Huici, Garibaldi, Samperio, Urigoitia y otros muchos que no menciono por no alargar estas líneas, les envío, a través del espacio que nos separa, un cordialísimo abrazo, todo lo fuerte que quieran, ya que al pensar en el suave cielo de mi amada Vasconia cambiaría toda New-York y sus rascacielos por una alegre merienda entre amigos, rociada con sabrosa «sagardúa», bajo la sombra de frondoso manzano, escuchando en la lejanía el sonido del «thun thun» y al anochecer los alegres «irrintzis», cuyos ecos devuelven las queridas montañas de mi tierra...

¡Gora errenteri eta errenteriarrak!

MATÍAS ECHEVERRÍA.

New-York, Junio de 1925.